



EDUCACIÓN CATÓLICA: *Un acto de esperanza*

Carta pastoral por
EL OBISPO EARL K. FERNANDES



DIOCESE of
COLUMBUS



REVERENDÍSIMO MONSEÑOR EARL K. FERNANDES

13avo. Obispo de la Diócesis de Columbus

El Reverendísimo Monseñor Earl K. Fernandes sirve como el 13avo. obispo de la Diócesis de Columbus desde el 31 de mayo del 2022.

Tiene un doctorado en Teología Moral de la Academia Alfonsiana en Roma.

El obispo Fernandes es miembro de varios comités de la Conferencia Episcopal Norteamericana, incluyendo el Comité para la Educación Católica, el Comité para la Diversidad Cultural en la Iglesia, así como el subcomité para asuntos del Asia-Pacífico. También es miembro de varias juntas directivas de distintas organizaciones, como el Instituto para la Educación Católica Liberal, El Colegio Pontificio Josephinum, el Seminario y Escuela de Teología Mount Saint Mary, y la escuela secundaria Cristo Rey.

Es un sacerdote de la Arquidiócesis de Cincinnati, quién enseñó en la escuela secundaria Lehman en Sidney, Ohio; prestó servicio como decano académico del seminario Athenaeum/ Mount Saint Mary (2008-2016). El obispo Fernandes tiene un gran interés y entusiasmo por la educación debido a su asociación con el movimiento Comunión y Liberación.



Introducción

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Cuando empecé mi ministerio como obispo, establecí cuatro prioridades para la Diócesis: Vocaciones, Evangelización, Educación y Formación Católica, y Alcance Social. La Diócesis de Columbus está experimentando un crecimiento tremendo, y nuestra población católica ha crecido hasta casi 500,000 católicos. En solo cuatro años, la diócesis ha visto crecer el número de seminaristas de 17 a 43; diez sacerdotes han sido ordenados y siete más han sido incardinados. En cada uno de los últimos cuatro años, la diócesis ha celebrado una Cumbre de Evangelización, que ha proporcionado una visión para la evangelización.

El Papa san Pablo VI escribió: “... la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”.¹

Todo lo que hace la Iglesia Católica, lo hace para compartir la Buena Nueva de la salvación que nos llegan en Cristo Jesús. La razón por la que existen las escuelas católicas es para formar nuevos discípulos e introducir a los jóvenes en un encuentro con Cristo, el Maestro, *por excelencia*. Las escuelas católicas son fundamentales para educar el corazón en humanidad y en el amor a Cristo. En esta carta, deseo abordar la visión de la educación católica; la vocación y el papel de los educadores; y ofrecer un marco mediante el cual, los fieles de la Diócesis de Columbus puedan comprender mejor la misión de las escuelas católicas, la educación y la formación.

Esta carta pastoral debe leerse en el contexto y junto con varios otros documentos: la carta apostólica del Papa León XIV, “*Diseñar nuevos mapas de esperanza*”,² la Declaración del Frente Real,³ que el Dr. Adam Dufault, superintendente de escuelas católicas, y yo firmamos, y finalmente, *Católicos sin complejos: una visión estratégica de la educación católica en la Diócesis de Columbus*, desarrollado por la Oficina de Escuelas Católicas.

¿Por qué escribir ahora sobre escuelas católicas y educación? Principalmente es, porque nuestras escuelas son medios vitales para evangelizar a nuestros jóvenes en una era de secularización con crecientes ataques contra la dignidad humana. Nuestras escuelas católicas afirman la dignidad de cada persona y ofrecen un entorno en el que los jóvenes y las familias pueden encontrar un lugar al que pertenecer. Las escuelas católicas de nuestra diócesis están aproximadamente al 90% de su capacidad. La diócesis está experimentando un crecimiento tal que es necesario construir nuevas escuelas y las existentes están ampliándose. La mayoría de nuestras escuelas tienen listas de espera. La demanda de educación católica aumentará con el crecimiento poblacional proyectado para nuestra región. La diócesis debe planificar este crecimiento y hacerlo de manera estratégica y con una visión clara.

El Papa Francisco dijo que “no estamos viviendo simplemente una época de cambios, sino un cambio de época”.⁴ Este cambio ha traído consigo ciertos desafíos, identificados por el Papa León en su carta apostólica: una crisis en el sentido del significado; fragmentación en la educación; y desigualdades educativas. Hoy en día, la misión de la educación católica se lleva a cabo en un tumultuoso contexto político, social y cultural. Además, muchos jóvenes crecen en un entorno de profundo aislamiento. La tecnología nos permite tener un acceso extraordinario a la información, pero hoy en día muchos carecen de sabiduría. La formación a menudo se reduce a información, pero sin un vínculo fuerte con la verdad, con la sabiduría necesaria para la vida y sin las relaciones profundas necesarias para que el esfuerzo educativo tenga éxito.

Nos comunicamos constantemente a través de las nuevas tecnologías, pero nos cuesta conocernos a nosotros mismos, a los demás o a Dios. Existe un gran peligro en ofrecer educación sin guiar a los jóvenes hacia un verdadero sentido y propósito en la vida, de educar la mente sin educar a la persona en su totalidad, cuerpo y alma. Algunos modelos educativos ejercen una enorme presión sobre los jóvenes para que rindan y produzcan, midiendo el éxito en función de la eficiencia y el rendimiento más que del crecimiento interior y el crecimiento en la madurez afectiva y la santidad.

Por último, muchos jóvenes, debido a la pobreza o a la desintegración familiar, no tienen acceso a la educación y formación de calidad que se ofrece en las escuelas católicas. Aunque en el estado de Ohio, las leyes han ampliado el acceso de muchas familias a las escuelas católicas, incluidos los nuevos inmigrantes en nuestras comunidades, es necesario un nuevo espíritu de sacrificio y generosidad para que esta educación sea aún más accesible. “La educación ha sido siempre una de las expresiones más altas de la caridad cristiana”.⁵

Como hijo de inmigrantes, me beneficié enormemente de las escuelas católicas. La educación católica amplió los horizontes para mis hermanos y para mí mientras afrontábamos los desafíos de los Estados Unidos. Encontramos en la Iglesia y en nuestra escuela parroquial no solo un lugar para aprender, sino también una comunidad a la que podíamos pertenecer. Con padres, profesores, religiosas y sacerdotes trabajando juntos, mis hermanos y yo pudimos tener éxito profesionalmente, pero quizá la mayor señal de éxito es que todos practicamos la fe. Ese es un ejemplo de los frutos de la educación católica.

Cuando me reúno con jóvenes y oigo sus historias, escucho sus esperanzas y sueños, sus metas y sus aspiraciones más altas. Me vienen a la mente las esperanzas y sueños que tenía hace cincuenta años. Quiero ofrecer esa misma esperanza, o más bien, algo mejor para las futuras generaciones de católicos en la diócesis. La emergencia educativa con la que deben lidiar la Iglesia, las autoridades civiles y las familias exige una renovada seriedad respecto a la misión encomendada a las familias y educadores. Al mismo tiempo, esta “emergencia” ofrece una oportunidad de revitalización y un renovado sentido de esperanza.

El Papa León escribe: “Allí donde las comunidades educativas se dejan guiar por la palabra de Cristo, no se retiran, sino que se relanzan; no levantan muros, sino que construyen puentes. Reaccionan con creatividad, abriendo nuevas posibilidades para la transmisión del conocimiento y del sentido en la escuela...porque el Evangelio no envejece, sino que “hace nuevas todas las cosas” (Ap. 21,5). Cada generación lo escucha como una novedad que regenera. Cada generación es responsable del Evangelio y del descubrimiento de su poder seminal y multiplicador”.⁶

La educación debe resistir la tentación del pesimismo y convertirse en un verdadero taller de esperanza, ayudando a los jóvenes a descubrir que sus vidas tienen sentido y propósito. Dentro de una cultura a menudo marcada por la confusión y la incertidumbre, la educación católica debe ayudar a los estudiantes a reconocer y escuchar la presencia de Dios en el mundo y responder generosamente a Su llamado. La educación católica sigue siendo una de nuestras mayores razones de esperanza. De hecho, “Educar es un acto de esperanza y una pasión que se renueva porque manifiesta la promesa que vemos en el futuro de la humanidad”.⁷

La Iglesia Católica siempre ha considerado la educación como una de sus responsabilidades más sagradas. Desde las primeras comunidades cristianas hasta las grandes universidades de Europa y las escuelas católicas que siguen formando jóvenes en toda nuestra diócesis hoy en día, los fieles han entendido que la formación de los niños es inseparable de la misión de evangelización. Las escuelas católicas existen para evangelizar. Si no contribuyen a esta misión o si la socavan, cesa su razón de existir.

¿Qué es la educación?

La educación es un acto de esperanza. En la comprensión cristiana, nunca se trata simplemente de la transferencia de información. Es tanto un don como una tarea. Es un regalo, un “trabajo de amor”, transmitido de generación en generación, especialmente a través de la familia, que prepara a uno para esta vida y para la vida eterna. La educación abarca la formación del corazón; está dirigida a la persona en su totalidad en verdad, bondad y belleza. La tarea educativa nos involucra a todos.

¿Qué es la educación? Creo que es una introducción de la persona (hecha a imagen y semejanza de Dios, como una unidad de cuerpo y alma, dotada de un intelecto para que conozca el bien y pueda decidir por libre albedrío) a la realidad. La educación implica la formación de la persona en su totalidad, espiritual, intelectual, afectiva, social y corporal; busca formar a la persona para afrontar los desafíos de la vida. La educación católica ayuda a la persona a leer la realidad a la luz de la fe y a discernir el camino que conduce a la abundancia de vida. No mide su valor solo en función de la eficiencia: lo mide en función de la dignidad, la justicia y la capacidad de servir al bien común y la santidad de la vida. La educación católica está arraigada en una visión antropológica fundamental, la comprensión de que fuimos creados por Dios por amor y para amar.

Un educador es aquel que, por amor, despierta en otro el deseo de verdad y libertad. Esta verdad se busca conjuntamente. La libertad se entiende como una libertad para la excelencia, no solo de algo, una libertad para el amor en lugar de una licencia que busca su propia gratificación. La autoridad de párrocos, padres y maestros se entiende como un servicio a la persona humana, no como una dominación y control sobre otro.⁹

¿Qué significa educar hoy en día? Parte de nuestra tarea vocacional para educar es introducir a los jóvenes en la realidad. Educar es comunicar la forma de relacionarse con la realidad. Hay tantos problemas a los que se enfrentan nuestros jóvenes: la ruptura de la familia, la adicción a las drogas, una pandemia de soledad, agravada por el uso generalizado de la pornografía, y sistemas y métodos educativos que no siempre les sirven. Nosotros también debemos afrontar estos problemas, que incluyen una cultura de violencia, exclusión, secularización y polarización.

En este entorno, ¿cuál es el papel del educador? La educación es la comunicación de la forma en que el educador concibe e interactúa con la realidad. Un educador es una persona que está plenamente comprometida en descubrir el sentido del mundo y el sentido de la vida. Un educador católico es aquel que transmite la propuesta cristiana a otros, especialmente a los estudiantes, habiendo verificado primero esta propuesta a través de su propia experiencia. En lugar de limitarse a transmitir información, el educador católico ofrece su testimonio a un joven como medio para enfrentarse a la vida y sus problemas.

El Papa Benedicto XVI escribió: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.¹⁰

Los educadores deben tener esta experiencia, como la de Pablo en el camino a Damasco, de encontrarse con Jesús, porque entonces el educador habrá tenido la experiencia de conocer a alguien en quien el miedo ha sido vencido. Los adultos deben emprender un viaje para descubrir qué vence al miedo y, si no experimentamos la victoria sobre el miedo, no podremos comunicar esta victoria de amor y belleza a nuestros niños.¹¹

Dios envió a su Hijo para que los discípulos vieran a un hombre en quien el miedo había sido vencido. Jesús no temía a los escribas ni a los fariseos. No temía al diablo que lo tentaba. No temía a la Cruz. Cristo es la persona propuesta a nuestros jóvenes, pero los educadores católicos primero deben encontrarse con Él personalmente y vestirse de Él para hacer una propuesta creíble a los jóvenes.

Ahora la presencia de Cristo permanece en la realidad humana en la Iglesia y en sus sacramentos. Su presencia llega a los jóvenes de hoy, no solo a través del clero sino también a través de padres y educadores. La Iglesia es vida. La única forma de verificar si la propuesta cristiana es cierta es participar en esta vida.

La auténtica educación católica propone que los jóvenes participen en la vida - en las relaciones entre ellos; en la música y el arte; en el estudio de lenguas, tanto modernas como antiguas; en la contemplación y comprensión de la belleza - y en la vida comunitaria a través del servicio y la participación litúrgica. La oferta de nuestra propia Tradición viva, el descubrimiento de la Tradición en la historia y su impacto en la civilización, la propuesta de nuestra tradición litúrgica y musical, permite a los estudiantes compartir esta vida y verificar la veracidad de la propuesta católica.

Las escuelas católicas de la Diócesis de Columbus deben redescubrir y renovar su compromiso con la tradición intelectual católica. Esto se está volviendo más urgente en la era de la inteligencia artificial. Hay que proponer no solo lo que es católico, sino también lo que es auténticamente humano. Uno de los propósitos de la educación católica es educar a nuestra humanidad. No se deben descuidar disciplinas como la gramática, la lógica y la retórica. De hecho, ningún algoritmo puede sustituir lo que hace que la educación sea humana: la poesía, la ironía, el amor, el arte, la imaginación, la alegría del descubrimiento e incluso aprender de los errores como oportunidad de crecimiento.¹²

La educación católica también debe provocar curiosidad intelectual en lugar de limitarse a ofrecer respuestas. Los educadores deben guiar a los jóvenes para descubrir la verdad. Por ejemplo, el Siervo de Dios, Monseñor Luigi Giussani, propone un método educativo que sigue siendo relevante hoy en día. Los jóvenes necesitan estar expuestos a una tradición, en nuestro caso, la tradición católica. En cierto momento, los jóvenes empiezan a cuestionar si esta tradición corresponde a sus deseos de lo verdadero, bueno y bello; ellos necesitan testigos creíbles que les acompañen para encontrar la respuesta a esta pregunta candente.

El propósito de la educación no es proporcionar respuestas ni simplemente llenar la mente de hechos; más bien, es entrenar la mente para hacer preguntas críticas, para analizar diferentes lados de un argumento y despertar la curiosidad.¹⁴ La tradición intelectual católica busca pasar del simple conocimiento a la comprensión. Los adultos maduros, con la experiencia y sabiduría de la tradición de la Iglesia, pueden acompañar a los jóvenes en el viaje de descubrimiento para verificar la verdad de la tradición y su correspondencia con los anhelos del corazón. Existe un riesgo, porque la libertad del joven necesita estar comprometida; el riesgo de libertad podría llevarlos a responder negativamente a la pregunta y alejarse de la Iglesia y de la tradición. No obstante, acompañado de testigos creíbles, el joven puede verificar la verdad de la tradición y tomar una decisión decisiva por Cristo y seguirle como discípulo.

Mientras se mantiene fiel a los más altos estándares de excelencia, la educación católica debe proponer una visión del mundo a estos mismos discípulos, nuestros estudiantes, para que puedan comprender su dignidad como personas en el mundo. Nuestras escuelas católicas intentan proponer esta cosmovisión especialmente mediante la incorporación de la Teología del Cuerpo en el currículo, que ayuda a anclar al estudiante en

una antropología adecuada, al mismo tiempo que desafía la visión materialista del mundo propuesta por la cultura secular a nuestros jóvenes.

El Papa san Juan Pablo II lo expresó así: “Las falsedades más destructivas sobre la persona humana que produjo el siglo XX nacieron de visiones materialistas del mundo y de la persona. Los sistemas totalitarios pueden haberse hundido, pero han surgido nuevas formas de materialismo, quizá menos impulsadas ideológicamente y menos espectaculares en sus manifestaciones, pero no obstante destructivas en su efecto sobre las personas y el tejido de la sociedad”.¹⁵

Esta visión materialista del mundo tiende a enfatizar el hacer más que el ser, la funcionalidad en lugar del aprendizaje.¹⁶ Las presiones para ser productivos solo aumentarán con la aparición de la inteligencia artificial. Lo que está en riesgo es la pérdida del sentido de la persona que está en el corazón de la educación.

El Papa León XIV nos invita a replantearnos, a la luz del avance de las tecnologías de la información y la inteligencia artificial, cómo educamos, escribiendo: “Muchos sistemas educativos tienen dificultades para actualizarse al ritmo de los cambios y para apoyar un crecimiento integral de los alumnos. El desarrollo de las tecnologías de la información y de la IA hace que los planes de estudios concebidos para otra época queden rápidamente obsoletos, mientras que la organización de la escuela, los espacios, los métodos de evaluación y la propia figura del docente deben replantearse con vistas a una educación verdaderamente integral, abierta a todas las dimensiones de la persona”.¹⁷

En el proceso educativo, más allá de la tecnología, los estudiantes quieren testigos creyentes que los acompañen. La belleza de guiar a un estudiante y acompañarlo refleja la belleza del acompañamiento de Dios al pueblo de Israel mientras huían de Egipto o atravesaban el desierto. Es el tipo de acompañamiento que Cristo mostró a los discípulos en el camino a Emaús, cuando huían de Jerusalén, es decir, se dirigían en dirección equivocada. Hermosamente, convirtió su desesperación en esperanza; su tristeza en alegría; y comprobaron, a través del ardor de sus corazones y su participación en la fracción del Pan, que Él realmente había resucitado.

Acompañados de testigos creíbles en una escuela católica, la cual es un ambiente “en el que se entrelazan la fe, la cultura y la vida. No es simplemente una institución, sino un ambiente vivo en el que la visión cristiana impregna cada disciplina y cada interacción”,¹⁸ los estudiantes comienzan a seguir un camino que conduce a la vida. Empiezan a comprender que la Tradición Católica resuena con el deseo de sus corazones por lo verdadero, lo bueno y lo bello, y, por tanto, son más propensos a seguir, es decir, a continuar el camino del discipulado.

La educación católica es, en última instancia, esta búsqueda de Dios. Por esta razón, la educación auténticamente católica nunca podría ser, ni debería ser, una imitación de sus pares secularizadas o públicas, porque ofrecemos algo, o más bien Alguien, que es verdaderamente decisivo para vivir. San Anselmo de Canterbury, en su *Proslogion*, escribió sobre *fides quaerens intellectum* – fe que busca comprensión. Esta búsqueda es el “objetivo”, pero añadió: “El creyente no busca entender para poder creer, sino que cree para poder entender, porque si no creyera no entendería”.¹⁹

Los educadores católicos, conscientes de la importancia del testimonio, deben entender que están “llamados a una responsabilidad que va más allá del contrato laboral: su testimonio tiene el mismo valor que sus lecciones. Por esta razón, la formación de profesores – científicos, pedagógicos, culturales y espirituales – es decisiva”.²⁰ Por ello, la Diócesis de Columbus ha invertido mucho en la formación,

especialmente en la formación espiritual de administradores y maestros. La fe católica no debe relegarse a la clase de religión, sino que debe impregnar todo el currículo, la vida de los hombres y mujeres de nuestras escuelas católicas y todo el entorno educativo.

Vocaciones y la comunidad escolar

En nuestras escuelas católicas, esperamos ayudar a estudiantes y profesores a descubrir sus vocaciones y a vivir sus respectivas vocaciones como respuesta al llamado de Dios. Cada vocación es un don cuyo propósito es edificar la Iglesia y aumentar el Reino de Dios en el mundo. La educación católica es un esfuerzo colectivo; es decir, nadie educa solo o en el vacío; más bien, es una tarea de toda la comunidad en la que profesores, estudiantes, familias, administradores y personal, junto con los párrocos, convergen para generar vida y formar nuevos discípulos, que serán buenos ciudadanos y arquitectos de paz.

El papel del obispo y los sacerdotes

El principal maestro dentro de la diócesis es el propio obispo. El obispo es maestro auténtico, es decir, está revestido de la autoridad de Cristo.²¹ Como maestro principal, supervisa la predicación, la enseñanza, la catequesis y el ministerio de la Palabra dentro de la diócesis.²² Además, une consigo mismo a los sacerdotes (y diáconos) como colaboradores en el ministerio de la Palabra. El obispo, junto con los sacerdotes, está ordenado para enseñar, gobernar y santificar. El obispo y los sacerdotes no pueden descuidar su oficio de enseñanza, especialmente el deber específico de formar maestros y catequistas, una obra que pueden volver a hacer suya fructíferamente.

El obispo confía de manera especial su autoridad docente al párroco de la parroquia, que ejerce esta autoridad, junto con su(s) vicario(s) parroquial(es). La presencia de Cristo Maestro en la persona del párroco siempre debe ser bienvenida en las escuelas católicas de la Diócesis de Columbus. Por su parte, el párroco debe mantener y *promover* la cultura católica de la escuela parroquial, debe conservar la centralidad de la fe católica en su integridad y supervisar, junto con sus colaboradores, el profesorado de la escuela como catequistas, siguiendo también las normas establecidas por la oficina de Escuelas Católicas y la oficina de Evangelización.

Además, el párroco está llamado a ser un signo visible del amor del Padre dentro de la comunidad escolar. De manera ontológica, configurado a Cristo Sumo Sacerdote, debe santificar a la comunidad mediante la celebración de los sacramentos, mediante su predicación y su liderazgo en la oración y la presencia, ejerciendo la paternidad espiritual y guiando a la “Familia de Dios”, a la que pertenece la comunidad escolar, en el culto auténtico, especialmente los domingos.

Finalmente, el párroco también debe gobernar o pastorear a las personas bajo su cuidado. Casi todas las escuelas primarias de la Diócesis de Columbus son escuelas parroquiales; por lo tanto, el párroco no es una mera figura decorativa, sino que es el responsable de la gestión de la escuela, que es una extensión de la misión evangelizadora de la parroquia. No se le pide que sea un experto en currículo o administración escolar, ni esto implica que deba “microgestionar” la vida de la escuela; más bien, dirige la formación humana y espiritual de su comunidad escolar, de manera coherente con la visión articulada por el obispo, la oficina de Escuelas Católicas y nuestra fe católica. Esto significa que el párroco no puede ni descuidar esta responsabilidad ni entregarla completamente al director; se le anima a colaborar con el director, el profesorado y la comunidad escolar, sin dejar nunca de lado su papel de pastor.

En los próximos años, espero sinceramente que más sacerdotes y seminaristas consideren enseñar y trabajar en nuestras escuelas católicas, lo que requerirá no solo formación adicional, sino también trabajo duro y paciencia. Sin duda recibirán apoyo y ánimo del obispo en esta noble empresa. La escuela católica, que a veces puede exigir tanto tiempo como recursos si quiere tener éxito, también representa una oportunidad tremenda para evangelizar a los jóvenes y hacer que Cristo esté presente entre ellos.

Casi todas las escuelas secundarias católicas de la diócesis están gestionadas por la Diócesis de Columbus y están bajo la autoridad directa del obispo. Las excepciones a esto permanecen bajo la autoridad del obispo para supervisión. Gobernar imitando a Cristo Rey y Pastor implica tanto diálogo como comunión, y se ejerce dentro de la estructura jerárquica de la Iglesia bajo la dirección pastoral del obispo y los párrocos.

Por último, la presencia de sacerdotes y religiosos en nuestras escuelas secundarias, ya sea como capellanes o docentes, es una forma en la que la Iglesia, junto con los numerosos profesores laicos y ministros de campus, puede acompañar a los jóvenes en su camino educativo y vocacional. Su presencia da testimonio de que la Iglesia no abandona a los jóvenes, sino que está dispuesta a escuchar sus voces y ayudarles a discernir el plan de Dios.

El papel del educador católico

El director de la escuela primaria y el director de la escuela secundaria, junto con el profesorado, tienen la responsabilidad de ayudar al obispo y a los sacerdotes en la misión evangelizadora de la Iglesia. No solo ayudan al clero, sino que también asisten a los padres, que siguen siendo los principales educadores de la fe para sus hijos. Nunca podrán sustituir a los padres del niño, entendiendo sin embargo que muchas familias están rotas y heridas hoy en día y, por lo tanto, la credibilidad del administrador y el profesor de la escuela católica es más necesaria que nunca. La oficina de Escuelas Católicas establece las expectativas básicas para los administradores escolares y los profesores, no solo en cuanto a los estándares profesionales, sino también respecto a la fe y la comprensión del profesor como ministro de manera análoga.

Por su parte, la Iglesia tiene el deber de educar porque ella tiene la responsabilidad de anunciar el camino de la salvación a todas las personas y de comunicar la vida de Cristo, ayudando a estudiantes y familias a alcanzar la plenitud de esta vida. La Iglesia está obligada, como madre, a ofrecer educación a sus hijos para impregnar sus vidas y la comunidad con el espíritu de Cristo. Mucho ya se ha dicho sobre el papel del educador católico.

Fundamentalmente, el educador católico es un líder; él o ella guía o atrae al estudiante fuera de la “Cueva de Platón”, desde el reino de las imágenes y las sombras, e introduce al alumno en el ámbito del Bien, lo Verdadero y lo Bello. Una introducción adecuada a esta realidad, entendida a la luz de la fe, entrena a los estudiantes para hacer juicios, para ver y juzgar el mundo por lo que realmente es. La educación es un proceso de conversión de la forma de pensar y hacer las cosas, liberando a los estudiantes para pensar, juzgar y actuar de acuerdo con lo que es verdad y con Aquel que es la verdad misma.

Para ello, el papel de los laicos fieles, especialmente nuestros maestros y administradores, en la labor educativa es esencial. Dado que en una escuela católica los administradores y maestros están íntimamente vinculados en caridad entre sí y con sus alumnos, tienen una responsabilidad específica de evangelizar. Tanto por su conducta como por su instrucción en el aula, están llamados a dar testimonio de Cristo, el Maestro *por excelencia*. El Papa Pablo VI señaló que “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”.²³ El trabajo de profesores y administradores en una comunidad escolar católica es un apostolado verdadero y real, y un servicio a la comunidad en general en la formación de ciudadanos virtuosos, sean católicos o no católicos.

El papel y la vocación de los padres y la escuela católica

La Iglesia enseña que los padres son los principales educadores de sus hijos. Antes de que los niños entren en el aula, se encuentran con un modelo de amor y discipulado dentro de su familia. La familia sigue siendo el principal pilar de la sociedad. La familia es el lugar donde puede darse una educación auténtica. No fortalecer a las familias, que también están rotas y fragmentadas, o no equipar a las familias para su misión colectiva de formar a la persona completa, obstaculizará la misión de evangelización de la Iglesia.

Muchos católicos aprendieron la fe no a través de programas formales, sino mediante actos ordinarios de la vida cristiana: padres que oraban, familias que asistían fielmente a misa, abuelos que enseñaban devociones, padres y madres que se sacrificaban por sus hijos, hogares donde se practicaba el perdón y hogares donde los niños aprendían que Cristo realmente importaba. Estas experiencias moldean los corazones antes de que formen mentes. Lo que se aprende y se modela en casa se lleva a nuestras comunidades escolares, sea bueno o malo.

Las escuelas católicas no pueden sustituir la vocación de los padres. En cambio, deben convertirse en socios de confianza que fortalezcan a las familias y les ayuden a formar hijos para la santidad. El Papa León nos enseña que la educación es fundamentalmente sobre las relaciones. Los niños no crecen solo mediante la adquisición de información. Crecen a través del encuentro, el testimonio, el acompañamiento y el amor. La renovación de la educación católica debe comenzar con la renovación de las relaciones que sostienen la formación humana auténtica. En la Diócesis de Columbus, el objetivo de las escuelas católicas no es solo comunicar información, sino más bien la *formación* de la persona en su totalidad que conduce al discipulado y aprendizaje de por vida.

La compromiso y participación de los padres en el esfuerzo educativo es esencial para el éxito de la escuela católica. Ninguna formación docente ni participación del clero puede compensar adecuadamente el papel fundamental de los padres y las familias. Por esta razón, en toda la Diócesis de Columbus ha comenzado un movimiento hacia la catequesis basada en la familia, porque las familias necesitan ser evangelizadas y los padres deben estar preparados para la misión de criar a sus hijos en la fe. Cada persona debe aceptar su responsabilidad; tenemos una corresponsabilidad en la educación y formación de nuestros jóvenes.

Un marco para entender las escuelas católicas

La sociedad moderna a menudo reduce la educación a resultados objetivos medibles, como las notas de exámenes, la preparación universitaria y el éxito profesional. Aunque estas cosas tienen valor, los cristianos deben plantearse preguntas más profundas. ¿Qué ocurre si los estudiantes tienen éxito en todos los aspectos mundanos, pero no descubren su vocación ni su verdadera felicidad?

¿Y si se vuelven técnicamente hábiles, pero espiritualmente empobrecidos?

¿Y si adquieren habilidades, pero nunca aprenden sabiduría?

En la Diócesis de Columbus, el enfoque de la educación católica no puede reducirse a las puntuaciones de exámenes, la preparación universitaria o la enseñanza de habilidades básicas y/o técnicas de complejidad variable.²⁴ Las escuelas católicas deben ofrecer algo más. La educación católica responde a los modelos reduccionistas insistiendo en que la formación debe involucrar a la persona humana en su totalidad, no solo al intelecto. Nuestras escuelas deben ayudar a los estudiantes a entender que sus

vidas son dones de Dios y que cada talento que se les confía conlleva la responsabilidad de servir a los demás y glorificar al Señor.

En octubre de 2025, el Papa León pronunció un discurso a educadores católicos con motivo del Jubileo del Mundo Educativo, al que asistí junto a treinta educadores y administradores de la Diócesis de Columbus. Como agustiniano, reflexionó sobre cuatro principios que, creo, también pueden ser útiles para que maestros y catequistas los tengan presentes y que pueden servir como un marco útil para los padres mientras moldean y forman a sus hijos: interioridad, unidad, amor y alegría.

Interioridad

Dirigiéndose a los estudiantes en la apertura del Jubileo del Mundo Educativo, el Papa León subrayó la necesidad de que la educación católica se centre en la interioridad. Ese día, el Evangelio fue tomado de Lucas (13,10-17), que relata la historia de la mujer que estaba encorvada por la columna torcida. Sufrió en esa condición durante dieciocho años hasta que se encontró con Jesús, quien tocó su vida y la liberó del espíritu maligno que la afligía. El Papa sugirió que la condición de la mujer se parecía a la de la ignorancia – de estar cerrada en sí misma, comentando que “cuando el ser humano es incapaz de ver más allá de sí mismo, de su propia experiencia, de sus propias ideas y convicciones, de sus propios esquemas, entonces se mantiene prisionero, permanece esclavo, incapaz de madurar un juicio propio”.²⁵

Hoy en día, los jóvenes se enfrentan a este riesgo. Siempre están mirando sus teléfonos. Constantemente se hacen selfies o miran cuántas visualizaciones tienen en las redes sociales. Incluso a medida que crecen las conexiones tecnológicas, vemos un aumento de la pandemia de soledad, aislamiento y enfermedad mental, demostrado en el libro de Jonathan Haidt, *La generación ansiosa*²⁶, la cual todos observamos. En lugar de dedicarse a la vida y ser educados en las cosas de Dios o contemplar la creación, los jóvenes se encierran en sí mismos. El Santo Padre señaló que “en realidad, muchas cosas que importan en la vida –podríamos decir las cosas fundamentales– no nos las damos nosotros mismos, sino que vienen de los demás; nos llegan y las recibimos de los maestros, de los encuentros, de las experiencias de la vida. Y esta es una experiencia de gracia porque sana nuestros encorvamientos”.²⁷

En este sentido, los encuentros, experiencias vitales y educación que recibimos en la familia y la comunidad escolar son fundamentales. Muchas cosas se pueden aprender de los libros, pero no el amor. Nuestras escuelas y parroquias católicas no se ocupan de la educación exclusiva de la mente, sino de la persona en su totalidad – de nuestra humanidad – en las enseñanzas del Señor Jesús, más precisamente en el camino del Señor Jesús – en toda una forma de vida – en una visión de vida. Las escuelas católicas deben crear intencionadamente espacios para la oración, la contemplación y el encuentro con Dios. Sin interioridad, la formación se convierte en información, la religión en contenido y la educación se vuelve técnica en lugar de transformadora. Los estudiantes deben aprender no solo a actuar, sino a rezar; no solo para lograr algo, sino para escuchar; no solo para hablar, sino para encontrarse con el Señor en silencio.

Unidad

Vivimos en un mundo polarizado y fragmentado. El lema episcopal del Papa León es *In illo uno unum* – En el único Cristo somos uno. Solo en Cristo encontramos la verdadera unidad. Compartir nuestro conocimiento y experiencia de Cristo – compartiendo la sabiduría de nuestra Tradición – es un gran acto de amor. Dejar a las futuras generaciones ignorantes de Cristo, las Escrituras y la Tradición, la riqueza de nuestras tradiciones espirituales y litúrgicas, no es un acto de caridad sino un acto de crueldad, dejándolas sufrir como la mujer encorvada.

El propio Jesús, en la Última Cena, oró: “Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste”. Aquí empezamos a entender cómo la unidad está esencialmente conectada con la evangelización. Sin embargo, en Estados Unidos estamos experimentando una polarización, que a veces conduce a la violencia. Justamente valoramos la libertad individual, pero la libertad debe estar conectada tanto con la verdad como con el bien común. En el contexto educativo, esto significa enseñar a otros a “descentrarse” y educarles en la idea de viajar *con otros*.

La educación católica propone una forma de ayudar a los jóvenes a ver la realidad como un todo coherente y no como una colección de experiencias desconectadas. La educación católica cumple este propósito de forma única al integrar fe y razón, culto y estudio, conocimiento y virtud. Los estudiantes deben aprender que la verdad esta unificada porque su fuente es Dios. Deben aprender que la fe y la ciencia no son enemigas, que la excelencia intelectual y la santidad van unidas, que la verdadera libertad se encuentra en la verdad. Las escuelas católicas educan a la persona en la libertad, no solo en la libertad de algo, sino en la libertad *para* algo: para la excelencia, para construir la cultura de la vida y la civilización del amor, para elevar a los humildes y para alegrarse de la verdad con los demás.

En *Magnifica Humanitas*, el Papa León señaló que “se multiplican los conocimientos fragmentarios, pero se hace más difícil captar la realidad en su conjunto, plantear preguntas sobre el sentido de las cosas y desarrollar un auténtico pensamiento crítico y creativo. Muchos educadores perciben ya los signos de una posible deshumanización, en la que las personas “saben muchas cosas” pero tienen dificultades para dar un sentido a su vida— también debido a la incapacidad de conectar la información y los conocimientos— y para no perder de vista el horizonte de sentido. Es necesario promover una verdadera higiene de la atención: ritmos que incluyan silencio, estudio reflexivo, lectura, análisis ponderado; sin estos elementos, la libertad interior puede verse comprometida”.²⁸

Amor

Citando a san Agustín, el Papa León dijo: “El amor a Dios es primero en el orden de lo preceptuado; el amor al prójimo, en cambio, es primero en el orden de la acción”. Es en la familia donde aprendemos a amar a Dios y al prójimo. Es precisamente aquí donde los padres pueden implicarse en enseñar a los niños a amar a Dios enseñándoles las oraciones y catecismo; pasando tiempo leyendo la Biblia con sus hijos, ya que las Escrituras manifiestan el amor que Dios tiene por su pueblo; y, mostrando el amor a sus hijos con sus palabras o afecto, en lugar de gritar, discutir o mostrar comportamientos pasivo-agresivos.

Como educadores principales de sus hijos, los padres pueden enseñarles a involucrarse en la vida de la Iglesia y demostrar la primacía de la caridad a través del voluntariado, especialmente mediante la ayuda a los pobres, que no solo son objeto de nuestra caridad, sino que también nos enseñan a confiar en la Providencia Divina. La práctica de trabajo caritativo ayuda a los jóvenes a escapar de los patrones dominantes del narcisismo, saliendo de sí mismos para hacer un auténtico regalo de sí mismos. Sin sustituir el papel de los padres, las comunidades escolares pueden crear una cultura que apoye las iniciativas de los padres en la práctica de la caridad, enseñando el amor a Dios y al prójimo. De manera similar, nuestras escuelas católicas están especialmente posicionadas para ofrecer oportunidades de apoyo a los padres, especialmente al ofrecer servicio a los pobres y necesitados, para que los estudiantes puedan poner la fe en acción y vivir concretamente la Doctrina Social de la Iglesia.

La fe católica no puede quedarse solo en el nivel de ideas; más bien, debe impactar nuestra humanidad y la vida de los demás. El Santo Padre lo resume de forma concisa: “Compartir el conocimiento no basta para

enseñar, se necesita amor. Sólo así el conocimiento será provechoso para quien lo recibe, en sí mismo y, sobre todo, por la caridad que comunica. La enseñanza nunca puede separarse del amor”.²⁹ Los estudiantes recuerdan a los profesores que se preocupaban por ellos. Recuerdan a los entrenadores que les desafiaron. Recuerdan a los adultos que no los veían como problemas a resolver, sino como personas a quienes querer. La vocación del educador es fundamentalmente relacional. Todo maestro católico está llamado no solo a enseñar una materia, sino a amar a los estudiantes hacia una verdad más profunda. Los niños prosperan cuando saben que son vistos, valorados y acompañados.

Alegría

El Santo Padre comentó que “los verdaderos maestros educan con una sonrisa, y su apuesta es lograr despertar sonrisas en el fondo del alma de sus discípulos”. La instrucción en religión no es como un curso que se lleva en la escuela o la universidad; es la instrucción de un modo de vida. Cuando la fe se presenta como “reglas” o una serie de enseñanzas, no es bien recibida o, al menos, no toca ni despierta el alma. Cuando se presenta con severidad y juicio, no atrae. Los padres, como educadores de sus hijos, junto con maestros y catequistas, deberían irradiar la alegría de ser amados por el Señor.

Esta alegría tiene su origen en el amor conyugal con el que Jesús, el novio, ama a la Iglesia. El amor y la alegría están estrechamente relacionados. No basta con compartir conocimiento. Cuando pensamos en los jóvenes de hoy y su fragilidad, reconocemos una pandemia de soledad y enfermedad mental. Hay muchos gritos silenciosos de ayuda, que a menudo no se escuchan. Con todos nuestros avances tecnológicos, incluido el desarrollo de la inteligencia artificial, existe el riesgo de que la educación se vuelva fría y técnica, muy alejada del asombro y la maravilla que evoca la mano amorosa y creativa de Dios.

El riesgo de una educación cada vez más “orientada a reglas” y “técnica” es que aisle aún más a los jóvenes, distanciando la educación y la formación del encuentro auténticamente humano de personas – padres e hijo, profesor y alumno, católico de toda la vida y conversos – que son amadas infinitamente por el Señor. El esfuerzo educativo descrito por san Agustín es una “llama que funde nuestras almas y hace de muchas una sola”.³⁰ Las escuelas católicas deberían ser lugares donde los estudiantes encuentren esta alegría. En un mundo a menudo marcado por el miedo y el aislamiento, el alegre testimonio cristiano puede ser una de las formas más poderosas de evangelización disponibles para la Iglesia y nuestra Diócesis.

Una visión estratégica para la renovación

En respuesta al cambio y evolución del panorama educativo, la Diócesis de Columbus ofrece *Unapologetically Catholic: A Strategic Vision for the Future of Catholic Education in the Diocese of Columbus*.

Inspirada por la tradición educativa de la Iglesia y basada en el llamado del Papa León a “diseñar nuevos mapas de esperanza”, la visión ofrece un marco para renovar la cultura católica, fortalecer las familias, formar educadores y ayudar a que nuestras escuelas se conviertan en lugares donde los niños se encuentren con Jesucristo y lo vean como el centro de todo lo que hacemos. Nuestra diócesis necesita una educación católica auténtica que forme graduados exitosos dispuestos a involucrarse con el mundo, pero que también busquen la santidad como futuros santos. La diócesis también desea apoyar a educadores y padres en la búsqueda de la santidad.

La visión propone objetivos y prioridades que renovarán la educación católica en toda nuestra diócesis. Visualiza escuelas donde la excelencia académica y la formación espiritual son inseparables y que están dirigidas por educadores que se entienden a sí mismos tanto como testigos como instructores. Nuestras

escuelas deberían ser lugares donde los estudiantes sean desafiados intelectualmente mientras se forman moral y espiritualmente. El documento de visión que acompaña no es solo un plan para las escuelas; es un lenguaje y camino compartidos por todos los que participan en la misión educativa de la Iglesia.

Una responsabilidad compartida

La responsabilidad de esta renovación de la educación católica no puede recaer solo en las escuelas individualmente ni en las oficinas diocesanas. Requiere la participación de toda la comunidad católica, incluidos padres, párrocos, comunidades parroquiales, exalumnos y educadores. En última instancia, la educación católica tiene éxito cuando los niños se encuentran con Jesucristo y llegan a entenderse como hijos e hijas amados de Dios.

En *Magnifica Humanitas*, el Papa León escribe: “La escuela es el lugar donde las nuevas generaciones pueden aprender a buscar y amar la verdad, a cuestionarse el sentido de la vida y la dignidad de cada persona. Por eso, muchos padres de familia, que desean que sus hijos crezcan siendo capaces de relacionarse, de pensar con espíritu crítico y de tener valores sólidos, depositan en ella grandes esperanzas, como una valiosa aliada en la educación de sus hijos.”³¹

Lo más importante es que la educación católica tiene éxito cuando las escuelas son lugares donde se forman los futuros santos. La educación está orientada hacia la santidad. El Papa Benedicto XVI nos recordó: “Lo que Dios desea más de cada uno de vosotros es que seáis santos.”³² Este sigue siendo el objetivo final de todos nuestros esfuerzos educativos, y debemos perseverar ante cualquier desafío que se presente. Debemos trabajar con confianza en el Señor, creyendo que la educación sigue siendo uno de los instrumentos más poderosos de la Iglesia para la evangelización. Mi oración es que nuestras escuelas sean lugares donde la fe se profundice y donde los niños descubran la alegría que proviene de vivir en amistad con el Señor.

Confianto a Nuestra Señora, Sede de la Sabiduría, a todos aquellos que tienen la sagrada responsabilidad de formar a nuestros niños y todas nuestras escuelas católicas en la Diócesis de Columbus, quedo de ustedes

Sinceramente en Cristo,



Reverendísimo Earl K. Fernandes
Obispo de Columbus

1 de agosto de 2026
Memorial de san Alfonso María de Ligorio
Obispo y Doctor de la Iglesia

Las notas finales:

- ¹ Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 8 de diciembre de 1975, 14
- ² León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025
- ³ Front-Royal-Statement.pdf
- ⁴ Francisco, Saludos de Navidad a la Curia Romana, 21 de diciembre de 2019
- ⁵ León XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te*, 4 de octubre de 2025, 68
- ⁶ León XIV, *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 1.1
- ⁷ Ibid., 3.2
- ⁸ Ibid., 4.2
- ⁹ Cf. Ídem., 4.3
- ¹⁰ Benedicto XVI, Encíclica *Deus Caritas Est*, 25 de diciembre de 2005, 1
- ¹¹ Julián Carrón, *Educación: La comunicación de sí mismo* (Nueva York: Human Adventure Books, 2019)
- ¹² León XIV, *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 9.2
- ¹³ Luigi Giussani, *El riesgo de la educación*, 2ª ed. (Montreal: McGill Queen's University Press), 2019, especialmente 25-65
- ¹⁴ H. Peterson, J. Steiner, E. Fernandes, “Despertando la curiosidad”, en “Aquí comienza la nueva vida: Actas del encuentro de Nueva York 2025” (Nueva York: Human Adventure Books), 2025, 143-163
- ¹⁵ Juan Pablo II, “Discurso al Embajador de Nueva Zelanda ante la Santa Sede,” 25 de mayo de 2000
- ¹⁶ Michael Hanby, “*Quaerere Deum*: ¿Qué es la educación y por qué es católica?” *Communio* 52 (verano 2025), 226-244, en 229
- ¹⁷ León XIV, León XIV, Carta encíclica *Magnifica Humanitas*, 15 de mayo de 2026, 145
- ¹⁸ León XIV, *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 5.2
- ¹⁹ Anselmo de Canterbury, *Proslogion*, I
- ²⁰ Ibid
- ²¹ Congregación para los Obispos, *Successores Apostolorum*, 22 de febrero de 2004, 119
- ²² Ibid. 123
- ²³ Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 41
- ²⁴ Una crítica a este enfoque educativo la ofrece David Steiner en *A Nation at Thought: Restoring Wisdom in America's Public Schools*, Rowman Littlefield, 2023
- ²⁵ León XIV, Homilía, Misa con estudiantes de las Universidades Pontificias, 27 de octubre de 2025
- ²⁶ Jonathan Haidt, *La generación ansiosa: Por qué las redes sociales están causando una epidemia de enfermedades mentales entre nuestros jóvenes*. Penguin Press, 2024. Cf. www.anxiousgeneration.com
- ²⁷ León XIV, Homilía, Misa con estudiantes de las Universidades Pontificias, 27 de octubre de 2025
- ²⁸ León XIV, *Magnifica Humanitas*, 146
- ²⁹ León XIV, Discurso, Encuentro con los Educadores, 31 de octubre de 2025
- ³⁰ San Agustín, Confesiones, Libro IV, Cap. 8
- ³¹ León XIV, *Magnifica Humanitas*, 143
- ³² Benedicto XVI, Discurso a los estudiantes en St. Mary's University College, Twickenham, 17 de septiembre de 2010

Todas las fotos no atribuidas son cortesía de la oficina de Escuelas Católicas de la Diócesis de Columbus

Para el texto completo de la carta del obispo Fernandes:
Educación Católica: Un acto de esperanza
Dr. Adam Dufault: Católicos sin complejos: una visión estratégica de
la educación católica en la Diócesis de Columbus
Papa León XIV: Diseñar nuevos mapas de esperanza
Declaración del Frente Real: Siete principios cardinales de la
educación católica primaria y secundaria

por favor visite el enlace o escanee el código QR debajo
columbuscatholic.org/catholic-education-an-act-of-hope

